

LA COFRADÍA PAMPLONESA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Juan José MARTINENA RUIZ

El año 1679 se fundó en el antiguo convento de San Agustín de Pamplona, hoy parroquia del mismo nombre, la Cofradía de Nuestra Señora del Pilar. Sus promotores fueron Pedro de Inurre, Juan de Istúriz y Martín de Gaztelu. Por parte de la comunidad de religiosos agustinos dio la conformidad su prior Fray Alonso de Villarino.

1679.- Fundación y capilla propia en San Agustín

Las Constituciones de la nueva cofradía fueron aprobadas por el Obispo don Fray Pedro Roche el 15 de septiembre de aquel mismo año y constaban de treinta capítulos, que se ocupaban de todo lo referente a cultos, visita a enfermos, asistencia a entierros, cargos y oficios, limosnas y cuotas. En las festividades, la música sería con clavicordio, arpa, violín y guitarra, y el convento pondría "los ramos, ornamentos, plata y colgaduras". Inicialmente se inscribieron 64 cofrades y fue elegido prior don Antonio de Lemos. La admisión de nuevos hermanos se haría por voto secreto, "con habas blancas y negras o boletas". Los agustinos cedieron la capilla de la Virgen, que era la primera del lado del Evangelio izquierdo mirando hacia el altar mayor que antiguamente estuvo dedicada a Santa Bárbara y en la actualidad, desde finales del siglo XIX, a Santa Rita. En la época a la que nos referimos estaba cerrada con una reja, según la costumbre de entonces.

Vicisitudes a lo largo del siglo XVIII

En noviembre de 1744, siendo Prior Andrés de Ezcaray se reformaron las Constituciones, que fueron aprobadas por el Obispo don Gaspar de Miranda y Argaiz en febrero de 1745. No mucho tiempo después, el 6 de octubre de 1760, se acordó una nueva reforma, por la que quedaron suprimi-

das las vísperas solemnes del día 11, la Salve, la música y la mayor parte del gasto de cera del alumbrado. Por el libro de actas se ve que la función del día 12 la venían pagando de su bolsillo los sucesivos priores desde hacía ya seis años. Para remediar la penuria de las arcas, los acreedores perdonaron las deudas y se recibieron algunas limosnas, con lo que la cofradía pudo levantar cabeza durante unos años. En 1781, siendo prior don Manuel de Vidarte, se llegó a plantear su disolución, pero los cofrades desecharon la idea y se comprometieron a estudiar las medidas necesarias para mantenerla. En 1785 se acordó una nueva reducción de cultos, que quedaron en el rezo de vísperas sencillas el 11 de octubre, la misa mayor del día de la Virgen y otra de réquiem al día siguiente, en sufragio por los hermanos falle-



Iglesia de San Agustín, en la que se fundó la cofradía.

cidos. Aparte, se celebraría una misa cantada y diez rezadas cuando se produjese la defunción de algún cofrade. Pero estas medidas no bastaban para atajar la crisis. En 1789, siendo Prior don Fermín Sagardiburu, una nueva junta general nombró una comisión para recaudar fondos, visitar a personas solventes para apuntarlas a la cofradía y cobrar las cantidades que se le adeudaban. Se elaboró un minucioso informe económico, en el que se analizaban las causas de la falta de fondos y se propusieron soluciones para saldar las deudas existentes, objetivo que se logró al fin en 1792. Una vez saneada la economía se empezó a pensar en meterse en gastos. En 1796 se volvieron a celebrar misas cantadas los días de las festividades de 1a Vir-

bre fueran cantadas por la Capilla de música de la Catedral.

Pero no tardarían en volver los tiempos de vacas flacas. Entre los años 1811 y 1829 el libro de actas no registra ninguna actividad. En 1830 se redujo el número de músicos y cantores en las funciones solemnes, y se llegó a suprimir hasta la lámpara perpetua de la capilla para ahorrar el gasto del aceite. En 1835, en plena Guerra Carlista, hubo que vender varias cornucopias de plata para poder pagar el post-mortem de los cofrades muertos por la epidemia del cólera. Y no pararon ahí los males. A raíz de la Ley de Desamortización del ministro Mendizábal, fue suprimido el convento de San Agustín, secularizada la



Admisión de una dama en la orden.

gen. Al año siguiente, siendo Prior don Blas Echarri, se acordó solicitar al Papa un Breve de Indulgencias que viniese a fomentar las limosnas a 1a Cofradía. En 1803 se elevó el "post-mortem", socorro o limosna que se abonaba a 1a familia cuando fallecía algún cofrade, de 60 reales sencillos a 8 reales fuertes. Y en 1810, en plena ocupación de la ciudad por las tropas francesas, se recuperó la antigua costumbre de que las solemnes Vísperas del 11 de octu-

comunidad de religiosos y clausurada su iglesia.

Primer traslado a San Nicolás (1837-1847)

Forzada por las circunstancias que acabamos de mencionar, la Cofradía decidió en 1837 trasladar sus cultos a la parroquia de San Nicolás. En septiembre de 1841, siendo Prior don Ángel Sagaseta de Ilúrdoz se re-

dactaron nuevas constituciones, que fueron aprobadas por el Obispado en febrero de 1842. El 18 del mismo mes se celebró la función de la Virgen, que no se pudo hacer en octubre a causa de la sublevación de O'Donnell, que cañoneó la ciudad desde la ciudadela. En esta reforma quedó suprimido el post-mortem y se fijó una cuota anual de 8 reales. Los cultos por entonces consistían en Vísperas y Salve cantadas el 11 de octubre; el día 12, festividad del Pilar, Misa de comunión general a las 7 de la mañana, Tercia y Misa mayor a las 10, y por la tarde rosario y procesión; el 13, misa de réquiem por los cofrades fallecidos. En 1847, la Cofradía volvió de nuevo a San Agustín, al haberse reabierto al culto la iglesia, cerrada desde 1836. Era Prior a la sazón don Lorenzo Alzugaray. El año siguiente se acordó que, por haber disminuido el número de cofrades, las juntas se renovasen cada dos años. Un dato curioso: los primeros carteles impresos anunciando los cultos organizados por la Cofradía datan del año 1864.

1873.- Traslado definitivo a San Nicolás

Una fecha trascendental en la historia de la cofradía fue el 27 de marzo de 1873. En la junta de ese día, el Prior expuso que el Gobierno había ordenado volver a cerrar al culto la iglesia de San Agustín, por lo que él había hecho trasladar el altar a San Nicolás y la imagen de la Virgen del Pilar a casa del cofrade don Tomás García. En vista de ello, se acordó solicitar formalmente a la Junta de Obrería un lugar en dicha parroquia donde poder instalar dicho altar y celebrar las funciones de costumbre. El 11 de mayo contestó el Obrero Mayor don Juan Moso, ofreciendo que si la Cofradía se domiciliaba a perpetuo en San Nicolás, se les concedería la capilla de Santa Catalina, dando frente a la de la Virgen del Amor Hermoso, quitando el confesionario que había y, si fuera necesario, el altar de San Pedro Nolasco. Dicha capilla estaba situada a la parte de la actual puerta del Paseo de Sarasate, que en esa fecha aún no existía. El 27 de mayo se firmó el documento del acuerdo, y desde entonces la Cofradía quedó establecida canónicamente en la antiquísima y céntrica parroquia pamplonesa.

En 1881, siendo Prior don José María de

Lecea, fue erigida en parroquia la iglesia del antiguo convento de San Agustín, pasando a ser la quinta de las que entonces había en Pamplona. Nada más tomar posesión su Junta de Fábrica, se dirigió a la Cofradía del Pilar, invitándola formalmente a volver a su antigua capilla. Sin embargo, una vez discutido ampliamente el asunto por los vocales, se acordó por once votos a favor y tres en contra permanecer en San Nicolás, sin duda un templo con más solera. La capilla primitiva de San Agustín pasó desde entonces a estar dedicada a Santa Rita, y en el nuevo altar que se puso en ella se colocaron también las imágenes de Santa Bárbara y San Isidro. En 1885, a raíz de la epidemia de cólera, se acordó celebrar todos los años un solemne novenario entre los días 11 y 19 de octubre, pasando al día 20 la misa de réquiem por los cofrades fallecidos. En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX fueron priores varios pamploneses de familias conocidas en la ciudad, como D. Gervasio Udobro, D. Pedro y D. Antonio Cabasés, D. Julián Burguete, D. Mariano Labairu y D. Teodosio Sagüés.

1912. Un nuevo altar, copia modesta del de Zaragoza

Otro hito importante en los anales de la Cofradía fue la construcción en 1912 del nuevo altar, copia modesta del de la basílica del Pilar, hecho en los talleres Quintana de Zaragoza. Aunque era de madera estucada, imitando mármoles y jaspes, fue muy elogiado en su época. Se colocó en el lado izquierdo del crucero, en uno de los lugares más visibles y destacados de la iglesia. Costó 14.584 pesetas. El antiguo altar barroco estaba a mano izquierda entrando del Paseo de Sarasate. Al quitar la imagen de la Virgen, se colocó en su hornacina central otra de San Ramón Nonato. Hasta que fue desmontado en 1980, todavía se le conocía como "altar del Pilar viejo". En la predela se puede leer aún la inscripción siguiente: ESTE RETABLO SE IZO A DEBOCION DE MIGUEL DE LABIANO. AÑO DE 1673. Según me informó hace años el entonces párroco D. Enrique Ardanaz, la pintura que tenía en su cuerpo superior, y que se conserva en la sacristía, representa a San Pedro Arbués, inquisidor de Zaragoza.



Altar y capilla en San Nicolás

1940. Construcción del suntuoso altar actual

En los años 1939-40, bajo la dirección de Víctor Eusa, aquel altar de 1912 fue sustituido por otro de factura similar, pero construido con materiales nobles, que se completa con los dos magníficos altorrelieves de la Aparición y de los Convertidos. Fue realizado por Mármoles del Norte de Pamplona y Tomás Altuna, de San Sebastián. A ambos lados, vaciados por Constantino Manzana en bronce dorado y esmaltado, llevaba los escudos laureados de Navarra y de la Orden del Pilar, fundada por la reina doña Blanca en 1433. Ambos escudos fueron retirados de su lugar hará más de veinte años y repuestos más tarde, despojados ya de la laureada.

El 20 de agosto de 1939, en casa del sacerdote don Rafael Osácar, se reunió la junta de la cofradía de Nuestra Señora del Pilar, bajo la presidencia de su prior don Eustaquio Ariz y actuando como secretario don Antonio Cabasés, con el fin de tratar un asunto de capital importancia, que quedó recogido en el libro de actas en estos términos:

“El señor director dio cuenta de que el año próximo se celebrará el 19 centenario de la venida de la Virgen en carne mortal a nuestra Patria, y para perpetuar tan grandiosa fecha, propuso reformar el altar y capilla de la Virgen, guardando las mismas características. La reforma podía ser cambiar el altar de madera, que se construyó el año 1912, por otro más rico, de mármol y bronce, adornando los laterales de la capilla con dos magníficos altorrelieves que representan el altar de la Venida y el de Convertidos, copia exacta de los que tiene en su angélica capilla de Zaragoza. Idea tan hermosa fue aceptada por unanimidad y se tuvo un cambio de impresiones sobre los cultos que se habían de celebrar en el mes de enero, en unión de la Corte de Honor de señoras, para lo cual se comisionó al Sr. Director para que se pusiera al habla con la junta de la corte.

Por cierto que, en la misma sesión, se dio cuenta de la renuncia del Sr. Cabasés como secretario de la cofradía, y a propuesta del Sr. Osácar se nombró para ocupar dicha secretaría a don Faustino Corella, recordado amigo a quien conocimos y

tratamos en su faceta literaria, como director que fue muchos años de la revista "Pregón".

Los trabajos se ejecutaron con una rapidez inusitada, ya que el 1 de enero de 1940, a las 12 de la noche, tuvo lugar la solemne inauguración del nuevo altar. Ese día, según leemos en un acta posterior, "se celebró una hora santa dirigida por el presbítero don Antonio Añoveros; a continuación, por concesión especialísima del reverendísimo Prelado, se cantó una misa solemne, tomando parte el laureado Orfeón Pamplonés, haciéndolo desinteresadamente. El hermoso templo de San Nicolás fue insuficiente para la multitud que lo llenaba y rebasaba sus puertas. Dentro del Santo Sacrificio se administró la sagrada comunión a una incalculable multitud de fieles, que presididos por todas las dignísimas autoridades de la Provincia, se acercaron a la mesa eucarística, rindiendo honores seis alabarderos. Terminado el acto, se formó una vela mariana durante toda la noche. Al amanecer se cantó la misa llamada de infantes, con gran concurso de fieles. A las ocho se celebró la misa de comunión general, contándose por millares las personas que recibieron el pan de los ángeles". "Durante todo el día -prosigue el acta- se formaron turnos de vela a la Santísima Virgen y puede decirse sin exagerar que todo Pamplona tomó parte en estos cultos. El día 3 de enero estuvo expuesta la imagen de la Virgen a la pública adoración y toda la ciudad tributó el homenaje debido de agradecimiento a la Sma Virgen".

"Toda la ciudad estuvo engalanada durante el día 2 y las bandas de música recorrieron las calles, interpretando alegres dianas. Terminaron el recorrido ante la puerta del templo para obsequiar a la Virgen con su himno popular, que fue coreado por el numeroso público. En la torre y alrededor del templo lució una magnífica iluminación, se dispararon cuantiosos chupinazos y un servicio de altavoces lanzó las armoniosas notas de la jaculatoria bendita y alabada sea la hora durante todo el día, al sonar las horas del reloj... Después de la bendición del altar, la noche de la inauguración, las autoridades, invitados principales y diputados de la cofradía firmaron el acta especial, certificando las obras y aquellas extraordinarias solemnidades en

un libro elegante, en forma de maravilloso álbum, debiéndose el manuscrito, todo él en bella letra gótica, al cofrade don Francisco Sanz Pétriz. La virgen lucía un riquísimo manto, que las religiosas adoratrices bordaron para este día, por encargo de una piadosa familia".

Un precio alto, para tiempos de penuria

Y una vez apagados los ecos de la celebración, llegó la hora de hacer frente a los pagos. En la sesión del 4 de junio de 1940, el tesorero informó a la junta de la cofradía que el importe de las facturas presentadas por las personas y empresas industriales que habían intervenido en la construcción del nuevo altar y la remodelación de la capilla ascendían a un total de 99.343 pesetas con 91 céntimos. De mayor a menor, dichas facturas suponían las siguientes cantidades: Tomás Altuna, marmolista de San Sebastián, 36.050; Sr. Apellániz, 14.000; el contratista Antonio Espoz, 12.995; Benito Tabar, marmolista de Pamplona, 9.963; Juan Manzana, por la labor de cerrajería y forja artística, 5.550; Carpintería Tihista Hermanos, 3.711; Electricidad Ignacio Soria, 2.428; Carlos Lostao, por los herrajes, 1.992'85; Luis Menchón, pintor y dorador, 980; Rogelio Quintana, 850; Emilio Guibert, lámparas y otras piezas de cristal, 520,50; Marotta Hermanos, plateros, 300; Cristalería "La Veneciana", 240. Aparte, las religiosas adoratrices, por bordar el nuevo manto de la Virgen, cobraron 3.500. Los honorarios del arquitecto Víctor Eusa por la dirección de las obras fueron de 6.263'56 pesetas.

Una vez expuesta dicha relación de gastos, el tesorero comunicó "que todo se haría efectivo en su momento, pues contaba con donativos y ofrecimientos de personas devotas, cuyos nombres no estaba autorizado a revelar". En aquellos años de escasez y de penuria, en los que el fervor mariano superaba las disponibilidades económicas, la cofradía del Pilar tuvo que tomarse algún tiempo para pagar aquellas facturas, que sumaban un total muy respetable. Cuentan que el obispo don Marcelino Olaechea, al que le tocó regir esta diócesis en pleno auge de lo que ahora llaman Nacional-Catolicismo, tenía como lema esta frase: Que se haga lo que se deba, aunque se deba lo que se haga.

Filosofía que dudo fuera compartida por unos proveedores saturados de encargos de iglesias, cofradías y comunidades, que pagaban como y cuando podían.

En cualquier caso, hay que reconocer que, gracias a aquella piadosa iniciativa de la cofradía de Nuestra Señora del Pilar, la parroquia de San Nicolás, una de las cuatro que existían en Pamplona en la época medieval, puede enorgullecerse hoy de contar con el único altar que fuera de la capital aragonesa, reproduce con notable fidelidad la suntuosa capilla y camarín de la santa basílica de Zaragoza, uno de los lugares de devoción mariana más visitados, no solo de España, sino de toda la Cristiandad.

1947. Restauración de la orden fundada en 1433

Ya con anterioridad, en enero de 1907, la antigua Cofradía se vio completada con la creación de la Corte de Honor de Damas. Más tarde, en 1943, quedó establecida la Sección de Funcionarios del cuerpo de Correos, presidida por D. Gregorio Iráiz-

zoz y cuyo consiliario fue el recordado sacerdote D. Rafael Osácar, que supo mantener la devoción pilarista en la parroquia de San Nicolás durante más de medio siglo. Por último, en 1947, gracias al celo de l Obispo don Enrique Delgado Gómez y del citado D. Rafael Osácar, con la asistencia y patrocinio de la Diputación Foral, se restauró con toda solemnidad la Orden de Santa María del Pilar, fundada en 1433 por nuestra piadosa reina doña Blanca de Navarra. Recientemente, por su decreto de 26 de noviembre del año 2012, el actual Arzobispo de Pamplona don Francisco Pérez González, tuvo a bien erigir con la forma jurídica de Asociación Pública de Fieles la Real Orden y Cofradía de Santa María del Pilar, domiciliada canónicamente en la parroquia de San Nicolás, y a la vez aprobó sus estatutos, que constan de 8 títulos y 45 artículos. En este momento ocupa el honorífico cargo de gran maestro el autor de este artículo, y el conocido periodista y profesor universitario Pedro Lozano Bartolozzi ostenta el cargo de prior. El capellán nato de la Real Orden es don César Magaña Felipe, párroco de San Nicolás. La presidenta de las Damas es actualmente la Sra. Lourdes Aliende.



Caballeros de la orden en 2012.